

cuadernos

ABRAZOS DE VIDA
Testimonios de fe y justicia



213

Cristianisme i Justícia

ABRAZOS DE VIDA

TESTIMONIOS DE FE Y JUSTICIA

Cristianisme i Justícia

INTRODUCCIÓN: UNA FE QUE ABRAZA LA JUSTICIA, UNA JUSTICIA QUE LLEVA A ABRAZAR LA FE (<i>Manu Andueza</i>)	3
ASUMIR EL RIESGO DESDE LA FE	
Testimonio: El riesgo necesario de la acción social (<i>Eulàlia Pagès</i>)	7
Lectura teológica: Desde el silencio y la oración se ve el mundo con ojos nuevos (<i>Julia López</i>)	10
DEJARSE AFECTAR POR LO QUE ES INHUMANO	
Testimonio: Un viaje de esperanza (<i>Valeria Méndez de Vigo</i>)	12
Lectura teológica: Lo más coherente sería callar (<i>Francisco Javier Vitoria</i>)	14
HACERSE PREGUNTAS DESDE LA VIDA	
Testimonio: Las preguntas son importantes (<i>Manu Andueza</i>)	18
Lectura teológica: Los pies en el barrio y el grito en el cielo (<i>José Laguna</i>)	21
TRANSFORMAR LAS ESTRUCTURAS QUE ATENTAN CONTRA LA VIDA	
Testimonio: Guardianes y testigos (<i>Nani Vall-llossera</i>)	24
Lectura teológica: Va Dios mismo en nuestro mismo caminar (<i>Tere Iribarren</i>)	27
EPÍLOGO: DEL JUSTO A LA JUSTICIA. PEDAGOGÍA DEL TESTIMONIO (<i>José Laguna</i>)	30
NOTAS	32
CUESTIONES PARA LA REFLEXIÓN	32

Cristianisme i Justícia. Tanto los testimonios como las respuestas teológicas a estos testimonios, fueron elaboradas por miembros del equipo de Cristianisme i Justícia durante la Jornada Fe y Justicia que tuvo lugar en Barcelona el mes de junio del 2017. Personas que trabajan en diversos ámbitos explican como viven el «abrazo de la fe y la justicia», y como este abrazo da sentido a sus compromisos. Este cuaderno refleja, de alguna manera, el núcleo de aquello que intentamos vivir en CJ.

Edita: Cristianisme i Justícia Roger de Llúria, 13 - 08010 Barcelona
Tel.: 93 317 23 38 - E-mail: info@fespinal.com - www.cristianismeijusticia.net
Imprime: Ediciones Rondas S.L. - Depósito Legal: B 8902-2019
ISBN: 978-84-9730-440-5 - ISSN: 0214-6509 - ISSN (virtual): 2014-6574
Impreso en papel y cartulina ecológicos - Dibujo de la portada: Ignasi Flores
Edición: Santi Torres Rocaginé - Corrección del texto: Cristina Illamola
Maquetación: Pilar Rubio Tugas - Marzo 2019

Protección de datos: Los datos de los destinatarios de la presente comunicación provienen de los ficheros históricos de la Base de Datos General de Administración de la Fundació Lluís Espinal (Cristianisme i Justícia), y se incorporaron con el previo consentimiento de los interesados otorgado, o bien directamente o bien a partir de las relaciones jurídicas mantenidas con la fundación, tal y como se dispone en el artículo 6.2 de la LOPD y el artículo 21 de la LSSI. La finalidad de su conservación es mantener informados a nuestros suscriptores e interesados sobre sus servicios y las actividades que organiza y en las cuales participa. Su información no será cedida a nadie, pero sí que puede ser utilizada en plataformas externas a los sistemas de la fundación para facilitar el envío de los correos electrónicos. Puede completar esta información consultando el aviso legal publicado en la web <https://www.cristianismeijusticia.net/avis-legal>. Por lo que hace referencia a su información, en cualquier momento puede consultar, acceder, rectificar, cancelar, limitar su tratamiento, solicitar la portabilidad de los datos, prohibir las decisiones individuales automatizadas y oponerse, total o parcialmente, a que la Fundació Lluís Espinal conserve los datos, escribiendo al correo electrónico info@fespinal.com, o si lo prefiere, dirigiendo un escrito a la calle Roger de Llúria, n. 13, piso 1º, de Barcelona (08010).

INTRODUCCIÓN: UNA FE QUE ABRAZA LA JUSTICIA, UNA JUSTICIA QUE LLEVA A ABRAZAR LA FE

*Manu Andueza**

«Atestación o aseveración de algo». «Prueba, justificación y comprobación de la certeza o verdad de algo». Estas son dos de las definiciones que encontramos de la palabra *testimonio* si consultamos el diccionario de la Real Academia Española.

Tal como rezan dichas definiciones, el testimonio afirma algo, a la par que es prueba y razón de una verdad que se esconde detrás de esa aseveración. Cuando hablamos aquí de testimonio, lo que pretendemos mostrar es la verdad de una vida, o mejor, de un estilo de vida que nos muestra una manera de existir, a la vez que nos lleva hacia nuevos vericuetos que descubrir y experimentar.

Si bien la fe no se transmite por contagio, el testimonio de aquellos que la han descubierto puede ayudar a releer la propia historia, a buscarle nuevas razones a la vida o a experimentar nuevos encuentros que permitan llegar

a dicha fe. Porque, efectivamente, la fe tiene mucho que ver con un encuentro personal, con una experiencia vital que transforma y cambia la manera de entender la realidad. Se trata de un camino que cada persona ha de recorrer, en el que las preguntas orientan, ayudan y posibilitan avanzar, y por el que el deambular deviene el mismo fin, más que las posibles respuestas finales.

La fe también tiene relación con la mirada, así como con la lectura que hacemos de la historia: un mismo acontecimiento puede interpretarse de distinta manera en función de si quien lo lee lo hace desde los ojos de la fe o sin la presencia de esta. Hay una parte de

* Manu Andueza es licenciado en Teología y Psicopedagogía. Trabaja dando clases en un centro de secundaria. Miembro del área de teología de Cristianismo i Justicia.

dicha lectura que está en nosotros, en lo que hemos vivido, en lo que hemos experimentado, en lo que hemos creído; pero sobre todo en lo que hemos encontrado.

Si queremos acercarnos a alguien al camino de la fe, lo que debemos hacer es proponerle espacios y lugares de encuentro con el misterio, que le permitan experimentar, y desde ahí abrirse a los caminos de la fe. En el fondo, tiene mucho que ver con la mística con la que se mira el mundo.

Una exhortación a dar testimonio

Pero volvamos al testimonio. Decíamos que este pude ayudar a otros a reflexionar y a releer lo que se ha vivido, así como a potenciar nuevas experiencias. Pablo VI, en el número 21 de su exhortación apostólica *Evangelii Nuntiandi*, alentaba ya a dar testimonio de la fe:

La Buena Nueva debe ser proclamada en primer lugar, mediante el testimonio. Supongamos un cristiano o un grupo de cristianos que, dentro de la comunidad humana donde viven, manifiestan su capacidad de comprensión y de aceptación, su comunión de vida y de destino con los demás, su solidaridad en los esfuerzos de todos en cuanto existe de noble y bueno. Supongamos además que irradian de manera sencilla y espontánea su fe en los valores que van más allá de los valores corrientes, y su esperanza en algo que no se ve ni osarían soñar. A través de este testimonio sin palabras, estos cristianos hacen plantearse, a quienes contemplan su vida, interrogantes irresistibles: ¿Por

qué son así? ¿Por qué viven de esa manera? ¿Qué es o quién es el que los inspira? ¿Por qué están con nosotros? Pues bien, este testimonio constituye ya de por sí una proclamación silenciosa, pero también muy clara y eficaz, de la Buena Nueva. Hay en ello un gesto inicial de evangelización. Son posiblemente las primeras preguntas que se plantearán muchos no cristianos, bien se trate de personas a las que Cristo no había sido nunca anunciado, de bautizados no practicantes, de gentes que viven en una sociedad cristiana pero según principios no cristianos, bien se trate de gentes que buscan, no sin sufrimiento, algo o a Alguien que ellos adivinan pero sin poder darle un nombre. Surgirán otros interrogantes, más profundos y más comprometedores, provocados por este testimonio que comporta presencia, participación, solidaridad y que es un elemento esencial, en general el primero absolutamente en la evangelización.

Todos los cristianos están llamados a este testimonio y, en este sentido, pueden ser verdaderos evangelizadores. Se nos ocurre pensar especialmente en la responsabilidad que recae sobre los emigrantes en los países que los reciben.

Sin duda, dicha exhortación fue un impulso para que todos intentaran dar testimonio de su fe. Pablo VI no ha sido el único que ha hablado de la importancia del testimonio. El papa Francisco ha recordado en numerosas ocasiones la necesidad de dar testimonio. Así lo vemos, por ejemplo, cuando nos explica que evangelizar es dar testimonio con la propia vida (homilía del 9/9/16); o cuando recuerda que la

comunidad tiene que ser testimonio, ya que ser cristiano es dar testimonio de Jesús (homilía del 15/1/17); o cuando insiste en que los cristianos estamos llamados a testimoniar, a dar testimonio con las palabras y la vida de que Jesús ha resucitado (19/4/15); o al afirmar que testimoniar a Cristo es la esencia de la Iglesia (6/6/14). Podríamos continuar recordando la importancia que el papa Francisco ha dado a este tema, pero con estos breves apuntes ya nos hacemos una idea. Él mismo ha acudido en más de una ocasión a su propio testimonio para explicar algunos de los aspectos de su mensaje.

Testimonios: protagonistas de la propia vida

Nosotros también pretendemos aquí dar testimonio; testimonio de fe, pero de una fe que abraza la justicia, y de una justicia que empuja a abrazar la fe. Fe y justicia, que están estrechamente relacionadas, y así podemos constatarlo a lo largo de la historia de la Iglesia. Así lo encontramos también en las páginas de la Biblia, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. Dicha justicia nos recuerda la dimensión social de la fe. Además, en el concepto de Reino de Dios que anuncia Jesús de Nazaret, encontramos ese punto de unión indisoluble entre ambos. Asimismo, la justicia puede acercarnos a la fe, pues las experiencias de justicia pueden despertar los ojos con los que mirar el mundo; miradas que pueden dirigirnos a algo más: al encuentro con aquel que llamamos Dios.¹

Por todo ello, en el presente texto acudimos a diferentes personas para

que nos narren sus experiencias, para que nos den su testimonio; testimonios de vida que nos acercan a entender, a la par que nos invitan a descubrir la fe desde la justicia. Además, los testimonios, que esperamos que ayuden a pensar, queremos que sirvan también para establecer un diálogo con el lector; un diálogo personal e íntimo que ayude a buscar en la propia existencia ese camino de fe que es regalo y, a la vez, invitación a vivir en plenitud.

Se trata de testimonios que hablan de relación, de encuentro, de experiencias de fraternidad-sororidad que nos ayudan a encontrar al trascendente en lo inmanente, una unión perfecta que comprendemos mejor desde Jesús de Nazaret. Se trata de testimonios que se comentarán y que irán acompañados de aquellos diferentes elementos que puedan ayudarnos a la reflexión y al crecimiento personal. Así, cada testimonio recogido viene acompañado de una lectura teológica que puede ayudarnos en la comprensión, pero sobre todo en el encuentro.

En definitiva, se trata de mirar la vida y tomarla en nuestras manos, de ser sus protagonistas como nos ha invitado en más de una ocasión el papa Francisco. Se trata de no encerrarnos en intimidades, sino de afrontar la existencia saliendo al mundo para dialogar con él y descubrir en él las huellas de Dios. En realidad, consiste en volver a los testimonios de fe –como también hicieron los primeros cristianos–, para ofrecer una espiritualidad y una práctica que pueda ayudar a mejorar el mundo actual, siendo buena noticia especialmente para los últimos, para los descartados, como siempre ha pretendido el cristianismo.

Conscientes y esperanzados

Es una apuesta más ante las diferentes ofertas y propuestas que podemos encontrar. Nos resistimos a abandonar nuestra historia. Al mismo tiempo, somos conscientes del momento en el que vivimos; momento en el que parece que las religiones pierden su sitio –no así la espiritualidad–; momento en el que parece que se busca fuera de casa lo que no se encuentra dentro. Nos resistimos con la firme convicción de que el cristianismo puede seguir siendo útil al mundo y fuente de dicha y felicidad, a la par que elemento de transformación. Con esta intención invitamos al lector a que se acerque a los diferentes testimonios y a las reflexiones que los acompañan.

Con todo, una última recomendación: no es un texto para leer rápido, como si de una novela se tratara, intentando llegar al final para descubrir

su desenlace. No hay desenlace. Este ha de ponerlo el propio lector. El texto está pensado para leer despacio, testimonio a testimonio, dejando tiempo entre uno y otro para que resuene en el corazón. No vendría mal leerlo acompañado de un bolígrafo y una libreta en la que poder escribir todo aquello que vaya surgiendo. Oportunidades, ideas nuevas que vivir..., pero sobre todo preguntas; preguntas que nos acercan a una nueva dimensión, a un desconocido e incontrolable mundo que nos asusta ante la inmensidad de la caída y que nos reconforta y estimula ante todo lo nuevo que puede ser vivido y experimentado.

Por lo tanto, dejamos ya al lector ante el diálogo y el encuentro con los diferentes testimonios. Testimonios cuya autoría no es fundamental, pues lo que importa es lo que este puede aportarnos y, en particular, nuestra propia lectura de la experiencia personal.

TESTIMONIO: EL RIESGO NECESARIO DE LA ACCIÓN SOCIAL

*Eulàlia Pagès**

Situarse ante personas con conjeturas complejas, frágiles o precarias conlleva el riesgo de quedar expuesto a su realidad, a su vida. Situarse ante ellos permite que sus historias atrapen, afecten, descoloquen. Que molesten, que incomoden, que movilicen. No quiero hablar en este testimonio de personas en situaciones tipificadas, categorizadas ni etiquetadas, sino de que, ponerse delante de todas ellas, a menudo lleva consigo limitaciones, tristezas, desorientación y desesperanza.

El campo de la acción social abre un gran abanico de actuaciones que pretenden dar respuesta a circunstancias determinadas. Problemas, vulnerabilidades y dificultades con una denominación concreta: paro de larga duración, fracaso escolar, conflictos familiares, duelo migratorio, pobreza, soledad... Estas denominaciones, si

bien ayudan a que algunas situaciones se conviertan en colectivas y permitan a que las distintas entidades, servicios, programas o proyectos les ofrezcan una respuesta, muchas otras veces olvidan e invisibilizan el nombre y el apellido de las personas afectadas. Resulta muy fácil que, colocando un atributo a alguien, este alguien deje de tener un nombre propio. Resulta muy fácil que, la persona que no consigue un trabajo sea un *parado*; que el joven que no se adapta al formato del instituto sea un *disruptivo*; que la familia que sufre trastornos afectivos o relacionales sea *desestructurada*; que la mujer que ha cruzado muchas fronteras sea una *indocumentada*; que el que vive en situación de precariedad económica sea un *pobre* y que el hombre que ha perdido el contacto con sus hijos sea *una persona mayor, de 75 años, sola*.

* Eulàlia Pagès es graduada en Humanidades y educadora social. Trabaja actualmente en el servicio de educación del Ajuntament de Badia del Vallès (Barcelona). Miembro del equipo de Cristianisme i Justícia.

Ayudar a recuperar la identidad

Ninguna de estas situaciones nos parece nueva. Ninguno de estos retratos, que encasillan a las personas según algunas necesidades o demandas, nos resultan sorprendentes ni desconocidos. Pero ¿qué hay detrás de estas categorías? Dar con ello es el salto que debemos hacer para posibilitar un trabajo significativo y valioso desde la acción social.

Por un lado, hallaríamos dinámicas –estructurales, sociales, políticas– que explican qué mecanismos han llevado a estas personas hasta este punto. Desde la sociología, la antropología, la economía, las ciencias políticas, la educación o la historia, podremos analizarlo tomando distintas perspectivas. Incluso, proponer soluciones o alternativas. Esta lectura analítica –y crítica– deviene imprescindible para que situaciones concretas trasciendan más allá de ellas mismas y se observen desde un punto de vista más amplio, que no culpabilice individualmente a las personas por las dificultades con las que viven, sino que las conciben como propias del contexto social, político, económico, legislativo, etc., que nos rodea.

Pero, por otro lado, nos encontramos con Marcos, Isma, los Cortés, Fatou, Khadija o Luis. A todos ellos, estas dificultades siguen haciéndoles daño, desgarrándoles y debilitándoles. Es un reto de la acción social devolver la identidad a estas personas que son sujetos de realidades defendibles según las problemáticas, y que parecen quedar al margen por el hecho de sufrirlas. Solo esto permite que se conviertan en la parte activa de la comunidad, más allá de la tipología de dificultad que atravesase su cotidianidad.

Entrar en contacto con ellos significa quedar afectados por su sufrimiento y querer hacer frente a la injusticia, incompreensión, rechazo o menosprecio que les toca vivir. Creer que merece la pena apostar por formar parte de su vida, haciéndoles entrar también en la nuestra. Con todo, asola la duda de cómo hacerlo posible.

Acompañar a personas a las que se pone rostro

Marcos hace cuatro años que no trabaja. Ha participado en diferentes cursos formativos, ha recibido asesoramiento sobre cómo hacer su currículum, ha participado en algunos procesos de selección, pero no puede evitar pasar de los cincuenta y ver que siempre otros –más jóvenes, más formados o simplemente más afortunados– son quienes logran firmar contratos de trabajo.

Ismael está a punto de repetir 1.º de la ESO, lo cual supondrá que el próximo curso tenga dos años más que sus compañeros de clase. Este trimestre no ha aprobado ninguna asignatura ni siquiera puede pensar en ninguna que lo motive. Tampoco hay ningún compañero que quiera sentarse a su lado porque todos están hartos de su repentina agresividad y de las constantes interrupciones que le hacen acumular «partes» del instituto.

A menudo, la madre de los Cortés recuerda a la educadora del centro abierto que ella también asistía cada tarde 15 años atrás. Allí, los niños disfrutaban y tenían buena relación con el equipo educativo, pero ella no puede evitar las reticencias a explicar qué ocurre aquellos días en los que su

pareja regresa a casa tras haber pasado demasiado rato en el bar.

Fatou por fin ha encontrado una habitación después de que, en el piso en el que vivía y que compartía con otras familias, la echaran al dar a luz a su segundo hijo. Los últimos meses de embarazo fueron muy difíciles porque ya no podía llevar a cabo las tareas de limpieza en las casas donde le daban trabajo. Además, tampoco podía acceder a ningún ingreso puesto que no tiene permiso de trabajo ni de residencia.

Khadija no ha trabajado desde que llegó de Marruecos con su familia, pero es habilísima haciendo equilibrios con el PIRMI que recibe su marido. La visita mensual al banco de alimentos y las ayudas a la vivienda les permiten llegar al 30 de cada mes, pese a haber renunciado a las salidas del colegio e, incluso, a los viajes en metro.

Y a Luis le ha pasado de todo. Ahora que ninguno de sus hijos vive en Cataluña, los días se vuelven largos –larguísimos– y las conversaciones muy escasas. Tan solo la vecina del quinto lo visita de vez en cuando para saber cómo se encuentra o para acompañarlo al Centro de Salud si tiene cita.

Vincularse a las personas requiere tiempo

Trabajar en el campo de la acción social obliga a cumplir unos protocolos y requisitos que a menudo dicen muy poco del sufrimiento concreto de las personas; implica derivar a servicios o recursos para dar respuesta a las demandas que llegan y no pueden asumirse; implica cumplir con formalismos y plazos que garanticen la fi-

nanciación de los programas; implica determinar el riesgo social por medio de indicadores que pretenden ser objetivos; implica priorizar y adaptar determinadas actuaciones según los recursos disponibles... Vincularse a las personas requiere tiempo. Pero este es el elemento que siempre escasea en el día a día del trabajo socioeducativo: por un lado, porque hay que responder a una gran cantidad personas o necesidades; por otro, porque este cúmulo de requisitos en la consecución de la tarea (que podría seguir listándose) saturan el tiempo de atención a las personas.

El trabajo en acción social supone asumir determinados encargos –muchas veces responsabilidad de las administraciones públicas, no conviene olvidarlo– que sitúan a las personas en categorías problematizadas como las que hemos citado. A menudo supone trabajar de forma paliativa para responder no a las causas reales de cada situación, sino a los síntomas que manifiestan; es decir, que la acción social pretende mejorar en algún sentido la vida de aquellos a los que atiende, pero en la mayoría de los casos se escapa de poder hacer frente a las causas –multifactoriales, complejas y macro– que generan las dificultades a las cuales se pretende dar respuesta.

Desde la acción social se elige, se atiende y se acompaña a las personas a las que se les pone un rostro, cuya historia y sufrimiento concretos se conocen, cuya angustia, preocupación o ganas de tirar para adelante contagian. A la vez, se forma parte de un entramado de recursos y servicios que procuran hacer más agradable la vida de todas esas personas, pero que a menudo dicen muy poco de las dinámicas que

generan las situaciones que viven. Un equilibrio difícil entre lo individual, local, subjetivo, emocional e, incluso, anecdótico, y lo social, global, objeti-

vo, racional y generalizable. Y, mientras tanto, Marcos, Isma, los Cortés, Fatou, Khadija o Luis siguen adelante, día a día, y pese a todo.

LECTURA TEOLÓGICA: DESDE EL SILENCIO Y LA ORACIÓN SE VE EL MUNDO CON OJOS NUEVOS

*Julia López**

Querría empezar agradeciendo el testimonio que se ha hecho sobre las vidas de Marcos, Isma, los Cortés, Fatou, Khadija y Luis, visibilizando sus nombres, narrando sus vidas, sus emociones, porque ellos no son su situación de marginación –pobres, inmigrantes sin papeles, desempleados, jóvenes con problemas de inserción...–; tienen un nombre propio con el que Dios les llama, como a todos nosotros.

Y querría continuar con unas palabras de Gustavo Gutiérrez, el teólogo de la liberación: «Todo comienza en el silencio, este es el primer paso para hablar de Dios, este el momento de la escucha y la oración, luego vendrá el lenguaje engendrado en esa calma [...] desde el silencio, la oración y la contemplación se comienza a ver el mundo de un modo nuevo. Sin esto, la liberación puede terminar nublada por un frenético activismo o una enfurecida vocación por juzgar, de los cuales la gente también necesita liberación. Entrar en la tierra sagrada del Padre involucra purificación, especialmente respecto de dioses falsos y del orgullo

egoísta que esclaviza; los escritos aquí seleccionados ponen de manifiesto el llamado a elegir la vida en medio de las tinieblas de la sociedad humana, de los ídolos hechos por nosotros mismos y de las injusticias del mundo moderno». Es desde esta oración desde donde debe engendrarse el activismo en la compañía de los pobres.

El pobre, alguien a quien no miramos

Para Gutiérrez, el pobre es el insignificante de la sociedad, el que no cuenta, el invisible, aquel que no tiene lo necesario para vivir dignamente, el que sufre por soledad, el enfermo, el que es abitado por sus ideas políticas o religiosas, por su género, su raza... Nosotros no los hemos de substituir: los pobres «han de ser protagonistas de su destino».

La pregunta ahora es cómo nos comprometemos con esos nombres, cómo ponemos en marcha nuestra vocación de acompañamiento dentro de la espiritualidad ignaciana de Compañía

* Julia López es catedrática de Derecho del Trabajo en la Universidad Pompeu Fabra. Miembro del área social de CJ.

—en mayúsculas—, tan evidente como signo en San Ignacio. La espiritualidad ignaciana ha de vivirse haciendo honor a su nombre: «Acompañando a Jesús y a los hermanos», ejerciendo un activismo del acompañamiento desde un fundamento marcado por la oración, el silencio y la calma.

La desobediencia a las reglas de utilización del «tiempo» que la sociedad nos impone es el primer paso. La rebeldía frente a una lectura deshumanizada del uso del tiempo en el que de-

dicar horas a las personas se considera algo improductivo. Por ello, el itinerario del acompañamiento tiene que hacerse desde la humildad —nosotros no podemos nada; trabajamos en nombre del Padre—, en una búsqueda de objetivos como camino que trazar. La compañía activa ya es un bien en sí, permite al pobre que se sienta como alguien que cuenta, que importa. Solo desde la humildad y la oración podemos llevar a cabo nuestros procesos de activismo en el acompañamiento.

TESTIMONIO: UN VIAJE DE ESPERANZA

*Valeria Méndez de Vigo**

La foto, no más grande que la palma de mi mano, era el retrato formal de una familia afgana de siete miembros. El angustiado padre la sacó de su billetera con dedos temblorosos, y la puso en mis manos, junto con la tarjeta de identificación de su esposa. Solo el hombre y uno de sus hijos, de unos ocho años, llegaron a Serbia, donde los encontré en un centro de tránsito en su camino a Europa. Los demás se perdieron en uno de los pasos letales del viaje para buscar refugio: la frontera entre Irán y Turquía, conocidos por los peligros de su terreno montañoso, las inclemencias del tiempo y el riesgo de ser interceptados por los guardias fronterizos.

«Iba caminando con mi familia y los guardias comenzaron a disparar desde ambos lados. Quedamos atrapados. Agarré la mano de mi hijo y corrimos; los demás escaparon en otra dirección. Ahora no sé dónde está mi familia»,

cuenta el hombre. ¿Trató de buscarlos? «¡No pude! Si lo hubiera hecho, los guardias habrían disparado. Y luego tuvimos que seguir corriendo: el contrabandista tenía un palo y un cuchillo; me pegaba para que no me detuviera». Él pregunta desesperado: «¿Hay alguien que pueda traer a mi familia?». Luego, su hijo habla, conteniendo las lágrimas, y nombra solemne a cada uno de sus hermanos y hermanas perdidos, contando con los dedos: «Ali, Mohammed, Farzona, Mortaza... cuatro y, con mi madre, cinco».

Esta desgarrada pareja siguió viajando con el resto del grupo, cargando su trauma, su sensación de pérdida y la esperanza desvanecida. Solo Dios sabe cuántas familias han tenido que enfrentarse a situaciones tan difíciles como estas —que parten el corazón—, en su desesperado viaje en busca de un lugar más seguro que aquel que el

* Valeria Méndez de Vigo es licenciada en Derecho. Actualmente trabaja en Roma, en el Secretariado para la Justicia Social y la Ecología de la Compañía de Jesús.

destino les asignó. Hoy, la ruta que la mayoría de los refugiados está tomando en Europa –de Grecia en adelante– está llena de padres, hijos y abuelos. Que los padres lo hacen por sus hijos, nadie lo duda; sus sacrificios y sueños son por ellos. Pero los refugiados, en un intento por salvar a su familia, deben recurrir a estos peligrosos medios de viaje que, a menudo, llevan a la pérdida, de forma temporal o –en el peor de los casos– permanente.

Todo el camino la tuve en mis brazos

Un refugiado iraní, traductor en la isla griega de Lesbos, nunca olvidará a una mujer a la que trató de ayudar apenas esta desembarcó. «Vi como el estómago se le hinchaba rápidamente y grité que teníamos que llevarla al hospital. Durante todo el camino, la tuve entre mis brazos. La mujer no quería que la ayudásemos a ella, sino que cuidásemos de su hija. Al día siguiente, fui para preguntar a su familia cómo estaba. No lo consiguió». Tan peligroso es el viaje, que muchos hombres optan por ir solos, tratando de encontrar una manera más segura para que su familia les siga; un plan valiente que puede quedar frustrado por las estrictas políticas de reunificación familiar en Europa. Mohammed proviene de Erbin, una zona asediada al este de Damasco. Primero se fue a la capital, para luego huir de Siria, después de que la inteligencia del ejército fuera dos veces a buscar a su hermano. Ese fue el detonante. «Dejé a mi esposa e hijos con mi madre. Los extraño mucho», dice cuando nos encontramos en el centro

de tránsito de SlavonskiBrod, en Croacia. «Ahora he oído que hasta dentro de dos años mi familia no tendrá permiso para venir. No me puedo quedar solo durante dos años». Mohammed se queda sin palabras. Le resbalan unas lágrimas, mira hacia otro lado y le da una fuerte calada a su cigarrillo.

Nour, embarazada de ocho meses

Tras recibir varias amenazas, el marido de Nour huyó de la ciudad siria de Aleppo hace cinco meses. Se fue a Alemania. Nour, embarazada de ocho meses, se puso en camino hacia Grecia con su padre y un hermano, porque, como no deja de decir, «ya no podía soportar estar sola en Siria». La hija de Nour, de un año y medio, se aferra a ella. «Mi bebé necesita a su padre, siempre está diciendo «papá, papá». Y yo le echo de menos, mucho, mucho; estoy esperando el momento para encontrarme con él». Nour partió sin dejarse influir por el temor de dar a luz en el camino. Me encuentro con ella en SlavonskiBrod. «Estoy muy, muy cansada –dice–. Hemos estado en la carretera durante diez días. Lo peor fue estar atrapada en la parte griega de la frontera con Macedonia, debido a una huelga de los conductores de taxi macedonios». Al menos ochenta autobuses llenos de refugiados permanecieron en una gasolinera durante días esperando la apertura de la frontera. «Me quedé siete días en el autobús, tenía mucho frío y muy poca comida», recuerda Nour. La última vez que la vi, esperaba pacientemente a sus parientes en el «rincón de búsqueda» de una gran tienda de campaña. A pesar de su terrible experi-

encia, Nour sonríe a menudo. Ella dice filosóficamente: «Es difícil en todas partes: En Siria y aquí».²

Nos interpelan en lo más profundo

El contacto con personas refugiadas –en realidad, el refugio es algo que permea su vida, pero no es su única definición, pero aquí es la que adoptaremos a estos efectos– nos interpela en lo más profundo, y eso tiene mucho de positivo, pero también provoca sentimientos de desolación, tristeza, empatía y dolor ante tanto sufrimiento y abandono. Asimismo, dolor, rabia e indignación ante la injusticia, frustración muchas veces ante el hecho de no poder hacer gran cosa... También te interpela sobre si lo que estás haciendo sirve para algo o

no... Finalmente, cuando trabajas con refugiados, tu propia situación tiene muchas contradicciones: estás y empatizas con las personas refugiadas, pero, al mismo tiempo, no sufres su situación en carne propia; quieres acompañar, pero, en el fondo, eres solamente una espectadora que en un rato se habrá retirado a otro lugar en el que continuarás con tu vida. Para todos es evidente que estás en otro lugar totalmente distinto desde el que contemplas el sufrimiento. Tampoco hay que olvidar las expectativas que despiertas en las personas refugiadas, y cómo manejarlas. El contacto con ellas hace que, en sus historias, en sus vivencias, en su padecimiento, también en su salir adelante y afrontar la adversidad, experimentes sentimientos contradictorios que te ponen frente a frente con las cuestiones más esenciales de la vida y la muerte.

LECTURA TEOLÓGICA: LO MÁS COHERENTE SERÍA CALLAR

*Francisco Javier Vitoria**

¿Qué les diría Dios, qué les diría un teólogo que cree que Dios libera a los oprimidos?

Repetidas veces he tratado de escuchar atentamente a los refugiados. Y, cada vez, sus voces y sus rostros interrumpen mi discurso teológico durante un tiempo que siempre, siempre, siempre se me hace interminable. Y llego

a la misma conclusión: ni desde esta sala, ni desde mi confortable mesa de trabajo no tengo nada que decir a los refugiados sobre la esperanza. Seguramente, tras estos minutos de silencio, lo más coherente sería volver a callar. Soportar juntos la vivencia de como, minuto a minuto, el silencio agranda su espesor. Cargar con su peso creciente y comprobar como esa interrupción

* Francisco Javier Vitoria es presbítero de la diócesis de Bilbao. Profesor jubilado de la Facultad de Teología de Deusto. Profesor invitado de la UCA. Miembro del área teológica de Cristianismo i Justicia.

genera dinamismos, procesos e itinerarios de esperanza. Es algo que Gesto por la Paz me enseñó en mi tierra.

Esta interrupción de la palabra no nace del desconocimiento del pensamiento acerca de la utopía, ni de la falta de argumentos teológicos sobre la esperanza. Argumentos nos sobran. El lenguaje sobre la esperanza no pertenece a los que hablan de ella, sino a los que sufren. Los portadores de esperanza no son los portavoces del neoliberalismo rampante, sino sus víctimas y aquellos que se asocian a ellos compasivamente.

Las voces y rostros de los refugiados nos invitan a compartir su sufrimiento, a dejarnos afectar por su dolor y a contagiarnos por su esperanza, transgrediendo la prohibición de sufrir decretada por la cultura globalizadora de la indiferencia y la apatía.

Sin este conocimiento vital, la lectura, por ejemplo, de la Teología de la Esperanza de J. Moltmann será insuficiente para articular una palabra cristiana cargada de esperanza para los refugiados.

La indignación

«Hay un potencial de la indignación que genera esperanza: dejarse afectar por lo que es inhumano, que hiere cuando es evitable y ofende cuando es culpable, es camino de esperanza» (X. García Roca). Cuando ante la realidad de los refugiados no sentimos indignación e ira, y no gritamos en la plaza pública «No hay derecho», no podemos decir que los amamos realmente. Hay situaciones, como la de los refugiados, en las que el amor sin ira no es amor en absoluto. Los cristianos –como denunció

Albert Nolan– estuvimos muy cerca de matar el amor al entender que nuestra ira era pecado mortal.

Esta indignación aderezada de compasión no debe alimentarse, sino transformarse en impulso, energía, determinación, coraje y creatividad para potenciar y hacer posible la esperanza de los refugiados, pues «solo a causa de los desesperanzados se nos ha dado la esperanza» (Walter Benjamin).

Cuando empezamos a escuchar a los refugiados, entendemos mejor lo que se siente al estar «en camino», animados por una esperanza que no conoce fronteras, impulsados por una fuerte preocupación por el futuro de los hijos.³

Las noticias negativas no parecen disuadir demasiado a los refugiados recién llegados. Siguen con la esperanza de encontrar al menos un lugar seguro, y la oportunidad de trabajar y estudiar y dar a sus hijos un futuro más feliz, que es la prioridad de cada uno de los padres que conocí. Se aferran fuertemente a la esperanza porque no pueden permitirse el lujo de hacer otra cosa. Al igual que millones antes que ellos se lo han jugado todo a su apuesta por la libertad. Y desde que los conocí, todo lo que puedo pensar es: ¿cuántos de ellos encontrarán esa nueva vida por la que lo han sacrificado todo, y qué podemos hacer para ayudarlos?⁴

La solidaridad, el cuidado y la ternura

La alianza de la compasión con la indignación genera solidaridad con los refugiados y cultiva su esperanza. A

eso se dedican los miembros del Servicio Jesuita a Refugiados en Europa y de otras muchas organizaciones, así como las personas anónimas que aparecen en estas narraciones. Ellos están en uno de esos lugares de Europa donde habitan hombres, mujeres y niños que necesitan esperanza para sobrevivir, explorando los caminos de la solidaridad que generan esperanza:

Ahmed y Asha escaparon del Estado Islámico (EI) en Raqqa. Cuando le pregunté cómo se sentían, se miraron el uno al otro e intercambiaron sonrisas. Ahmed dijo: «Como alguien que estaba muerto y ha vuelto a la vida».⁵

Estos portadores de solidaridad esperanzada proclaman con su quehacer solidario la «utopía más necesaria» (R. Bahro), la visión de «una nueva y arrasadora utopía de la vida, donde nadie pueda decidir por otros hasta la forma de morir, donde de veras sea cierto el amor y sea posible la felicidad, y donde las estirpes condenadas a cien años de soledad tengan por fin y para siempre una segunda oportunidad» (G. García Márquez).

La adoración y la gratitud

Un Mesías Crucificado nos entregó a los cristianos una esperanza dura y solidaria para confiar en que otra globalización es posible y buscar caminos históricos de salida en los campos de exterminio del mundo. El sufrimiento sagrado del Mesías Crucificado no está por encima del sufrimiento «profano» de los refugiados. Su sufrimiento es tan sagrado como el de Jesús. En cada una de sus historias sale el Crucifica-

do a nuestro encuentro y, para poner a prueba nuestra esperanza, nos pregunta: «¿Dónde estabais cuando abandonaban en campamentos de refugio a vuestro Señor?», «¿fui inmigrante forzoso y me acogisteis?», «Os lo aseguro: todo lo que hicisteis con uno de estos hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis.» (cfr. Mt 25,31-46).

La esperanza cristiana es una «esperanza indignada y arrodillada». «Indignada» juntamente con el Mesías de Dios a causa de los estragos humanos producidos por la injusticia, la violencia, la intolerancia y la indiferencia. «Arrodillada» ante los hermanos sufrientes como expresión no solo de adoración al Mesías presente en ellos, sino también de gratitud ante la experiencia de haber pasado de la muerte a la vida, precisamente porque amamos a los hermanos (cfr. 1Jn 3,14).

El Dios que cuida de la Vida y de la Fraternidad

Mi vida está destruida [...]. No puedo dormir por la noche; pienso y pienso en tantas cosas. Exteriormente puedo reír y bromear, pero por dentro estoy muerta. La gente me dice que rece, así que rezo: Dios, ¿por qué permites que sucedan estas cosas?⁶

Vivimos en un mundo configurado por el poder sacrificial del capital y en el que prima el egoísmo y la injusticia. Pero, al mismo tiempo, en este mundo Dios sigue irrumpiendo para instaurar una realidad transfigurada: el Reinado de Dios. La teología debe iluminar reflexivamente este proceso mostrando cómo y por qué sucede esto, y, sobre

todo, haciéndonos volver la vista una y otra vez sobre esas narraciones de los testigos del Evangelio, ayudándonos a que ocupen el centro de nuestra vida cristiana, tanto comunitaria como personal.

Pero debemos reconocer la precedencia de las narraciones de los testigos sobre nuestro hablar de Dios. Esas historias han sido, son y serán realmente importantes para la acreditación de cualquier lenguaje (magisterial, teológico, catequético, pastoral) sobre el Dios de la Vida. La narración y el recuerdo de las historias de los testigos contribuyen a mantener la prioridad de la realidad sobre su interpretación. Nos hacen conscientes de que las categorías son siempre más pobres que los acontecimientos. Las vidas de los testigos de la bondad, el cuidado, la ternura y la solidaridad en los campos de refugiados son una invitación permanente a interpretar el misterio último de la historia como amor compasivo y solidaridad radical con las víctimas de la injusticia. Vidas y prácticas como las

de estos testigos «redimen» a Dios de su insignificancia y de su deshonra en la historia del sufrimiento y emiten noticias acerca de un Dios Amigo aun en medio del holocausto de la pobreza. En una palabra, convierten una y otra vez en verdad aquella afirmación que un autor de la Cábala hace decir a Dios, dirigiéndose a su fieles: «Si vosotros dais testimonio de mí, yo seré Dios; de lo contrario, no».

Y concluyo como lo hace el documento *Viajes de Esperanza*:⁷

Todos ellos murieron en la fe, sin alcanzar el cumplimiento de las promesas: las vieron y las saludaron de lejos, reconociendo que eran extranjeros y peregrinos en la tierra. Los que hablan así demuestran claramente que buscan una patria; y si hubieran pensado en aquella de la que habían salido, habrían tenido oportunidad de regresar. Pero aspiraban a una patria mejor, nada menos que la celestial. Por eso, Dios no se avergüenza de llamarse su Dios. (Hb 11,13-16).

TESTIMONIO: LAS PREGUNTAS SON IMPORTANTES

Manu Andueza

Si algo puedo agradecer de mi historia son las preguntas generadas y, a su vez, generadoras de caminos. Entre ellas, tengo una deuda especial con todas aquellas que nacieron en mi barrio. Fue ya de adolescente cuando descubrí la realidad en la que había estado envuelto. Recuerdo aquel día que en el colegio oí decir que yo debía de ser de clase media baja por el barrio en el que vivía, así como por el trabajo de mi padre; una realidad que nunca me había cuestionado. Mi realidad era normal para mí. Fue una sorpresa.

Yo debía de ser de clase media baja

Nací en un barrio en el que entre mis vecinos –también compañeros de juego en algunos momentos de infancia– contaba con abundantes personas de etnia gitana. Recuerdo preguntas sobre la vida que me surgieron gracias a ellos. De manera especial, recuerdo

una tienda de mi calle: la regentaba un hombre bueno como pocos, vendía periódicos, libretas, cuadros, algunos caramelos... Pasar por allí era recibir una sonrisa, y un caramelo seguro. Una vez, fui con mi madre a comprar una libreta. Entró otra madre con sus hijos. Había un cuadro en el suelo, apoyado en la pared. Los niños empezaron a darle patadas ante el sudor del hombre bueno y la impasibilidad de la madre. Cuando se marcharon, el tendero nos esbozó una sonrisa y dijo: «son así. Ellos dan importancia a otras cosas. Su cultura es diferente y hemos de entenderlo y acogerlo, aunque a veces nos cueste». A mí me costaba entenderlo, y a él también. Pero valoraba a las personas y que estas se acercaran a su tienda más que aquella pintura.

Me recuerdo medio dormido, haciéndome el dormido entero. Una niña gitana hablaba y le preguntaba a mi madre si dormía. Ella le decía que sí. Más tarde, cuando se fue y me hice el despierto, mi madre me dijo que la ha-

bía invitado a subir a nuestra casa para regalarle unos jabones.

Lecciones de vida que despiertan interés, que abren la mente y el corazón, y hacen pensar en un no sé qué, en algo más que hay ahí, en una presencia escondida, pero presente.

En mi barrio, no faltaban mujeres que tenían fama de tener mala fama. Eso decían, eso se decía. Recuerdo a una de ellas con tres hijos, a cada cual más enfermo. El mayor, varios años menor que yo, faltaba a clase algunos ratos cada semana. Cada vez que me veía, se me acercaba, me daba una patada en el trasero y se marchaba corriendo y riendo. Lo comenté en casa y me dijeron que hablara con él. Aprovechando que yo era mayor y más fuerte, cuando volvió a intentarlo lo agarré y hablé con él. Descubrí que solo pretendía saludarme, ser mi amigo..., pero no sabía cómo hacerlo. Bondades humanas escondidas detrás de dificultades de relación. Tantas cosas habían visto sus ojos, tantas palizas, tantos sueños rotos había sufrido su corazón que no sabía qué ni cómo acercarse a las personas. Años más tarde, me encontré con él, los dos ya adultos. Me dijo que trabajaba de portero en un club de alterne, que cuando quisiera podía acercarme y él me dejaría pasar. Nunca fui, pero le agradezco tanto su ofrecimiento...; volvía a llamarme amigo.

Más preguntas

En mi barrio también había violencia. Uno de mis primeros recuerdos de niño está ligado al balcón de casa. Un balcón en el que después me refugiaba, al que acudía a pensar y a rezar, a

encontrarme conmigo mismo y con el infinito, a buscar momentos de eternidad. Debía de tener entre cinco y seis años. Una mano fuerte, la de mi padre, me agarró por el hombro y me sacó del balcón con fuerza y celeridad. Instantes antes había sonado un disparo. Instantes antes, la policía había disparado y acabado con la vida de un hombre justo frente de nuestro portal, justo debajo del balcón en el que yo estaba. Después se dijo que buscaban a otro, que se equivocaron, que yo qué sé qué. Fue el final de una vida. Y el inicio de muchas preguntas. Preguntas que no buscaban respuestas. Preguntas que invadían la cabeza de un niño. Preguntas que buscaban algo más. Preguntas que se abrían a una trascendencia.

¿Por qué?

Años más tarde, la violencia volvía a golpear la puerta. Esta vez fue una bomba cerca de casa. Explotó y, con el ruido, se llevó la vida de un chico de catorce años, como yo. Dos días antes, habíamos estado juntos charlando un rato. ¿Por qué? ¿No hay nada más? ¿Nada ni nadie que diga basta a este dolor? Para entonces ya había experimentado una presencia interior más fuerte y más íntima que yo mismo, a la que rezaba bajo el nombre de padre.

Pero si algo generó preguntas, si algo me abrió a la trascendencia y a la búsqueda de algo más, si algo me hizo descubrir otra vida posible desde un Dios que se me presentaba en medio de la existencia y la vida, que se hacía presente desde las preguntas y la búsqueda de la justicia, eso fue el mundo de las drogas: en mi portal se

trapicheaba. Todos lo sabíamos. Incluso la policía, que, casualmente, nunca estaba el día ni a la hora a la que todos sabíamos que llegaba la droga. De vez en cuando hacían una redada y atrapaban algún pequeño camello. Unos días en la cárcel y todo solucionado. Unos días sin un vecino problemático en las calles y ya está.

Más de una vez me tocó saltar por encima de algún joven con una aguja clavada en el brazo para poder subir a casa. Preguntas, más preguntas.

Mi barrio, mi familia, me acercó a Dios

De nuevo el balcón. Desde él veía las habitaciones de los pisos de enfrente. Desde él recuerdo a una pareja, semi-desnudos, jóvenes los dos. Temblorosos los dos. Una aguja en el brazo acabó con los temblores y empezó con mis preguntas. ¿Por qué? ¿Por qué unos viven así y otros estamos tan tranquilos? ¿No hay nada más? ¿No hay posibilidades para todos? ¿No hay soluciones en un mundo injusto y desfigurado?

Estas preguntas me acercaron a buscar y a desear la justicia. Y en ese camino apareció la trascendencia; una trascendencia que fue tomando forma y nombre, pero sobre todo experiencia y presencia. Mi barrio, mi familia, me acercó a Dios.

Descubrir el juicio final de Mateo (Mt 25,31-46) fue descubrir la vida y el sentido a las experiencias y a las preguntas. Tal vez desde ahí se inició un camino; un camino que llevó a voluntariados en prisión, en el mundo de la droga, en el de los sin techo, en países del sur... Lugares donde la justicia lle-

vaba a la fe. Experiencias de fe vividas desde el encuentro y la relación. Y también a viajes; viajes para conocer, experimentar y vivir.

Causas y banderas

La causa de la justicia y la solidaridad con los últimos fue conquistando mi corazón, todo lo demás pasó a un segundo plano. En plena adolescencia y en un ambiente agitado social y políticamente, algunas banderas fueron levantándose en mi conciencia: la de los pueblos latinoamericanos en su lucha contra las terribles dictaduras militares, la de los sectores excluidos en la todavía joven democracia española, la de las minorías étnicas y los pueblos no reconocidos por los estados homogeneizadores... Banderas que me llevaron a buscar grupos, organizaciones, otras personas que me ayudasen a transformar la rabia en trabajo, la sensibilidad en amor concreto y personal, los sueños en proyectos de vida.

En ese deambular, fui conociendo rostros y nombres, historias de soledad y sufrimiento, de rebelión contra lo establecido, de empeño por la construcción de nuevos modelos de vida y de nuevas oportunidades para los invisibles. Y una constante fue apareciendo en muchas de esas relaciones: había alguien más que sustentaba, que daba sentido a la esperanza y a la rebeldía, al trabajo diario y a la alegría, a pesar de los dolores diarios. Ese Alguien se fue haciendo cada vez más presente en mi vivir cotidiano. ¡Yo que tanto había renegado de un Dios inmóvil y ausente, justificador de atrocidades y manipulador de conciencias! Ahora su

rostro se revelaba nuevo, inesperado, sorprendente, en el rostro de los niños gitanos, ignorados por la ciudad que los marginaba; en las cicatrices de los vallecanos, alentando su lucha valiente contra la heroína que destruía sus vidas; en el testimonio de quienes se entregaban silenciosa y amorosamente por los más olvidados; en la sangre fértil de los mártires latinoamericanos; en la sonrisa agradecida de los discapacitados y enfermos abandonados de Las Hurdes; en la generosidad de tantos y tantas que ponían su vida a servicio de los demás, desnudando mis egoísmos, mis deseos de autorrealización, mis sueños de grandeza individual.

Y era el Dios de Jesús

El rostro de Dios fue conquistando un corazón todavía adolescente, pero decidido a no vivir en vano, a no pasar por la vida sin extraerle el jugo, a vivir desde una causa mayor que mi propia felicidad. ¡Y era el Dios de Jesús! De

ese mismo Jesús a quien siempre admiré, en quien me inspiraba para conducir mis pasos y tomar mis decisiones. De ese mismo Jesús dispuesto a revolucionar su tiempo. De ese mismo Jesús pobre con los pobres y niño con los niños. El mismo Dios que tantas veces rechacé porque lo confundía con las mediaciones, con una institución anclada en el pasado e inmóvil ante los cambios históricos, con unas personas que representaban a esa institución y que daban la comunión a asesinos dictadores sin escrúpulo alguno, mientras condenaban y silenciaban a quienes daban la vida por el Evangelio y por los pobres. El Dios que iba conquistando mi vida no provenía de ella, sino del verdadero Cuerpo de Cristo, de quienes encarnan hoy al Siervo Sufriente, al Hijo del Hombre rechazado y maltratado. No era el Dios de la liturgia tan solemne como vacía, sino el Dios del abrazo sencillo, del testimonio celebrado, de la esperanza compartida. Era el Dios que me animaba a recorrer los pasos de Jesús, a transformar.

LECTURA TEOLÓGICA: LOS PIES EN EL BARRIO Y EL GRITO EN EL CIELO

*José Laguna**

El testimonio de Manu Andueza es la narración de un itinerario espiritual y, como muchos de ellos, parte de grandes preguntas: ¿Por qué la violencia gratuita?, ¿por qué parece no haber soluciones para un mundo injusto y desfigura-

do?, ¿por qué el silencio de Dios ante el sufrimiento? Pero a diferencia de itinerarios espirituales etéreos, las preguntas de Manu se enraízan en una realidad muy concreta, se trata de un «preguntar situado» y esto es determinante. Porque

* José Laguna es teólogo, músico y pedagogo. Miembro del área teológica de Cristianisme i Justícia.

aunque las preguntas últimas que todos nos hacemos parezcan transitar por lugares comunes, la conmoción vital que las hace surgir condiciona radicalmente las respuestas: «dime desde qué dolor preguntas y podré ofrecerte la respuesta que necesitas». La pregunta filosófica fundamental ya la planteó Heidegger: ¿Por qué el ser y no la nada? La teológica es otra: surge desde el sufrimiento de las víctimas y, con Ellacuría, se pregunta: ¿Por qué hay muerte donde debería haber vida?

En el terreno religioso, no es lo mismo preguntar por Dios desde la experiencia de la esclavitud de Egipto que desde la tranquilidad de una vida resuelta entre pirámides adosadas. No es lo mismo saber de Dios desde la violencia de un barrio conflictivo que desde el retiro espiritual en una apacible casa de ejercicios con vistas al mar.

«Sismólogos»

En su niñez, Manu vive situaciones que no sabe explicar «a mí me costaba entender».

La violencia estructural que calleja en los que denominamos «cuartos mundos» está lejos del romántico «pueblo creyente que anhela la liberación». Hacen falta sismólogos con sensibilidad para detectar los movimientos de bondad y solidaridad subterráneas que se mueven bajo los escombros de vidas marcadas por el fracaso escolar, el paro crónico o el infierno de las drogas. El ejemplo del tendero del barrio le ayudó a afinar su oído y a entrenar una vista capaz de taladrar la superficie opaca de la violencia: «Pero [el tendero] valoraba a las personas y que estas

se acercaran a su tienda más que aquella pintura». Un aprendizaje que, con el tiempo, le permitirá leer más allá de la superficie de conductas heridas: «Descubrí que solo pretendía saludarme, ser mi amigo..., pero no sabía cómo hacerlo. Bondades humanas escondidas detrás de dificultades de relación. Tantas cosas habían visto sus ojos, tantas palizas, tantos sueños rotos había sufrido su corazón que no sabía qué ni cómo acercarse a las personas».

Jesús fue un gran «sismólogo»: donde otros veían a una pecadora pública, él veía a una mujer que había amado mucho; donde otros veían a un recaudador de impuestos cómplice de la ocupación romana, él veía a un hijo de Abrahán; donde un hermano mayor veía a un padre injusto incapaz de castigar la culpa del hermano pródigo, él veía a un padre compasivo hasta la locura. Ser dueño de la propia mirada en un mundo de murmuradores que buscan condicionarla exige una ascesis visual que la sociedad del espectáculo y el etiquetaje simplificador no facilita.

Un balcón

Según la fenomenología religiosa, los lugares elevados son espacios propicios para la comunicación con la divinidad. En la tradición bíblica, Dios suele revelarse en las cumbres: Moisés recibe las tablas de la ley en el Sinaí, Jesús se «transfigura» en el monte de los Olivos y, según el evangelista Mateo, Jesús subió a un monte para proclamar las bienaventuranzas. En el testimonio de Manu también hay un lugar elevado: un balcón; un balcón al que ascienden preguntas en forma de tiroteos y gritos de

yonquis, ruidos de preguntas incómodas que le llevan a pleitear con Dios como en su momento hizo Job: «¿Por qué? ¿No hay nada más? ¿Nada ni nadie que diga basta a este dolor?». Clamores que llevan a la pregunta última por la injusticia: «¿Por qué? ¿Por qué unos viven así y otros estamos tan tranquilos? ¿No hay nada más? ¿No hay posibilidades para todos? ¿No hay soluciones en un mundo injusto y desfigurado?».

Y entre las preguntas que suben al balcón a hombros de gritos, empieza a intuirse el susurro de la respuesta divina que siempre viene con la suave brisa: tuve hambre y me distéis de comer, sed, estuve preso... El juicio final de Mateo es la piedra Rosetta que le permite descifrar el jeroglífico de lo que ocurre abajo, en las calles: «Lugares donde la justicia llevaba a la fe». Llegar a la fe desde la lucha por la justicia; puede haber otros, pero el acceso al Dios de Jesús pasa por Mt 25.

El pecado estructural

En su adolescencia, Manu descubre el rumor de fondo que late tras toda injusticia: «En plena adolescencia y en un ambiente agitado social y políticamente, algunas banderas fueron levantándose en mi conciencia».

El descubrimiento de que todos los sufrimientos están interconectados, que existe eso que llamamos «pecado estructural», que vincula la violencia de su barrio con las dictaduras latinoamericanas; el infierno de la droga con la trata de mujeres; el frío de los campos de refugiados con el dolor de los niños soldado; el de las minorías étni-

cas con... Una red tupida de injusticia que teje la tela de araña de un pecado que todo lo invade y al que se combate creando estructuras de gracia.

«¡Y era el Dios de Jesús!»

Hacia el final de su testimonio, Manu estalla de alegría: «¡Y era el Dios de Jesús!» Las piezas del rompecabezas del sufrimiento que en su infancia y adolescencia se le presentaban dolorosamente desencajadas, ahora conforman el rostro del Dios de Jesús: «El Dios que iba conquistando mi vida [...] era el verdadero Cuerpo de Cristo, de quienes encarnan hoy al Siervo Sufriente, al Hijo del Hombre rechazado y maltratado. No era el Dios de la liturgia tan solemne como vacía, sino el Dios del abrazo sencillez, del testimonio celebrado, de la esperanza compartida».

El relato de Manu es un itinerario espiritual, un camino personal que, haciéndose testimonio, nos invita a transitar por cinco verbos:

- *Estar presente* en los lugares donde el sufrimiento lanza sus preguntas.
- *Acompañarse* de «sismólogos» que nos enseñen a leer el corazón de la injusticia.
- *Asomarse* una y otra vez al balcón para mirar la realidad y clamar al cielo.
- *Descubrir* la conexión misteriosa e íntima que entrelaza todos los sufrimientos.
- *Reconstruir* el rostro sufriente de Dios para aliviarlo, agradecerlo y celebrarlo.

TRANSFORMAR LAS ESTRUCTURAS QUE ATENTAN CONTRA LA VIDA

TESTIMONIO: GUARDIANES Y TESTIGOS

*Nani Vall-Ilossera**

Trabajar como médica de familia en una consulta de atención primaria es tener a la vez una puerta abierta a lo más íntimo del corazón y el cuerpo de cada persona, y una atalaya privilegiada desde donde observar las disfunciones y los efectos colaterales de una sociedad y una cultura que se han levantado en armas contra la vida, y van dejando víctimas por el camino. Como dice Iona Heath, la labor del médico de familia es ser guardián y testigo. Guardián de la salud de las personas y testigo de su vida y de su muerte, de su resiliencia y de su capacidad para salir adelante, del malestar y la enfermedad, de las alegrías y de las dificultades. En la atención primaria las personas se quedan, estableciéndose un vínculo de confianza mutua y de responsabilidad

de los profesionales con los pacientes. Las enfermedades van y vienen.

Solo hace falta repasar un día como hoy en la consulta para constatarlo.

Un día en la consulta

Carmen viene porque no puede más. Hace unos meses alquilaron un piso para vivir con su marido y sus hijas, tras recuperarse del desahucio del piso que no pudieron seguir comprando. Después de firmar el contrato, hicieron algunas mejoras en el piso alquilado. Dos meses después, apareció el verdadero dueño del piso reclamando su propiedad. Los habían estafado. Esperan un nuevo desahucio en cualquier momento.

* Nani Vall-Ilossera es médica de familia en el Centro de Salud del barrio de Bon Pastor (Barcelona). Presidenta del Fórum Català d'Atenció Primària (FoCAP). Forma parte del área social de CJ.

Dolores es una mujer venezolana de mediana edad. Llegó hace un mes con sus dos nietos, ya mayorcitos. Están solicitando asilo y hoy por fin han tenido acceso a la atención sanitaria. Están viviendo en una pensión.

Javier viene a pedirme explicaciones porque lo que parecía un problema banal cuando consultó hace unas semanas ha terminado siendo una enfermedad grave. Lo siento muchísimo.

Juan pide que vayamos a visitarle al domicilio porque está mareado y tembloroso. Una vez allí me explica que no se encuentra bien, pero sobre todo que tiene mucho frío: como sus hijos no están dispuestos a sufragar la parte del recibo de la calefacción que él no puede pagar con su pensión, se la apagan y él no sabe encenderla.

María ha perdido el apetito y diez kilos de peso en los últimos meses. Hay que investigar la causa.

Sonia viene angustiada por problemas laborales. La empresa ha fijado unos objetivos inalcanzables de ventas y el ambiente se ha vuelto irrespirable. Se cuentan las veces que van al servicio y se cronometra el tiempo que dejan de trabajar para ir. Hay broncas cada día, se menosprecia a los trabajadores y el trato es vejatorio. Ella así no rinde, se pone más nerviosa y no puede concentrarse.

A poco que escuche y tenga una mirada amplia sobre la realidad en cada consulta, soy también testigo de las causas que llevan a las personas a enfermar, a sentir malestar o insatisfacción, a perder la salud mental o el sentido de vivir. Es fácil entender que, globalmente, los factores biológicos y genéticos tienen un peso en la pérdida de la salud proporcionalmente pe-

queño en relación a los condicionantes sociales. Se comprende, pues, que mis actividades en la consulta, como enumero a continuación, tengan tanto de comunicación y relación, como de ciencia y técnica.

Seis verbos transformadores

Reconocer

Para algunos de mis pacientes, la consulta de atención primaria es de los pocos lugares donde son reconocidos por su nombre y en su dignidad de personas con derechos, o el único ámbito en el que son cuidados o tratados con amabilidad. No solo me refiero a los inmigrantes en situación administrativa irregular, sino también a la creciente cantidad de personas sin redes comunitarias de ayuda, afecto y compañía, o al enorme contingente de trabajadores que sufren las consecuencias de un mercado laboral explotador y deshumanizado.

Acoger

Habilitar el espacio y el tiempo para que las personas puedan construir y expresar la narración de lo que les ocurre.

Acompañar

La enfermedad, el malestar y la muerte son situaciones que ponen al descubierto la vulnerabilidad, la intemperie y la interdependencia esencial del ser humano. Acompañar en ese descubrimiento, no esconderlo, estar, es en sí mismo sanador.

Ofrecer buena ciencia

Ofrecer y aplicar la mejor ciencia posible desde el estudio exhaustivo y crítico, consciente de la existencia de una mala ciencia que sirve a intereses distintos de la salud de las personas y las comunidades. Una ciencia humilde, que sepa reconocer su ignorancia e incapacidad en muchos ámbitos y su torpeza para integrar la subjetividad de cada ser humano, que no cree falsas expectativas ni alimente la falacia de la inmortalidad o de vidas libres de malestar o enfermedad. Una ciencia aplicada con humildad y prudencia a cada persona.

Empoderar

Ayudar a descubrir los recursos que cada persona tiene a su alcance para amparar y abrigar la vulnerabilidad, la intemperie y la interdependencia esencial: palabras, afecto, confianza, solidaridad, paciencia, silencio, amistad... Ayudar a construir esos recursos individual y colectivamente.

No expropiar

No sustraer, disfrazando de Ciencia Médica, la capacidad y el deber que tenemos todos de ser sanadores y cuidadores los unos de los otros. No volver individual lo que es colectivo; no volver profesional o científico lo que es esencialmente humano.

Vínculo personal y compromiso político

Llevo doce años acompañando y cuidando a las personas que tengo en

comendadas, casi toda mi vida como especialista ya formada. El tiempo construye vínculos, de responsabilidad sobre su salud y sus derechos, de cariño mutuo, de reconocimiento y admiración por su capacidad de salir adelante y de afrontar la adversidad, de respeto hacia su autonomía y sus decisiones. Los vínculos afectan, comprometen, agobian, duelen, pero también humanizan, abrigan, amparan y dan sentido a la vida. Mis pacientes con su confianza, reconocimiento y cordialidad abrigan y amparan mi vulnerabilidad, mi intemperie y mi interdependencia esencial.

Finalmente, cuando conectas con el sufrimiento de forma cotidiana, cuando le pones nombre y contexto, y tienes una mirada consciente de las causas de la enfermedad, tomar partido es un movimiento casi automático que te lleva a comprometerte políticamente. Es difícil no ser feminista cuando contemplas las consecuencias del patriarcado en la salud de las mujeres, en sus posibilidades de ser felices o, simplemente, de vivir. Te convences de ser ecologista porque ves cómo crecen los problemas respiratorios y de otra índole como consecuencia de la creciente contaminación del aire que respiramos. Cuando constatas que la elección del modelo sanitario afecta la salud de los que más necesitan su potencial capacidad para compensar, siquiera parcialmente, los efectos del círculo pobreza-enfermedad-muerte prematura o cuando corroboras que determinadas decisiones políticas están amenazando de muerte el sistema nacional de salud, es antinatural quedarse callada. Cuando sabes que la exclusión sanitaria o la ley de extranjería matan, porque alguno de tus pacientes

las ha sufrido, es antihumano no movilizarse. Así, cada paciente concreto en la consulta, alimenta y orienta

mi deseo y mi compromiso de querer mejorar la sociedad transformando las estructuras que atentan contra la vida.

LECTURA TEOLÓGICA: VA DIOS MISMO EN NUESTRO MISMO CAMINAR

*Tere Iribarren**

Al leer el testimonio de Nani Valllossera me ha venido a la mente un día cualquiera en la vida de Jesús. El acercamiento del Maestro a los que sufren llama la atención, y así lo cuenta Marcos con detalle y color, sin poner demasiados discursos en sus labios: Jesús va a predicar el reino con «hechos», estas van a ser sus palabras de autoridad.

El médico Jesús

La suegra con fiebre

Jesús, al salir de la sinagoga (Mc 1,29-31), se fue con los suyos a casa de Simón, donde la suegra de Simón se hablaba con fiebre... Jesús se acercó, la cogió de la mano y la levantó. Quizás la presencia del Maestro hizo que se le pasase la fiebre y se puso a servirles. Es bonito que el médico se te acerque, te coja de la mano y te levante...

La vida de un médico –como dice Nani– es «ayudar a descubrir los recursos que cada persona tiene a su alcance

para amparar y abrigar la vulnerabilidad, la intemperie y la interdependencia esencial: palabras, afecto, confianza, solidaridad, paciencia, silencio, amistad...».

El leproso

En la vida de Jesús, como en la del médico comprometido, casi no hay descanso (Mc 1,40-45): al anochecer Jesús curó a muchos enfermos y cuando le parecía que ya podía acabar el día, «Vino a él un leproso, rogándole; e hincada la rodilla, le dijo: Si quieres, puedes limpiarme. Y Jesús, teniendo misericordia de él, extendió la mano y le tocó, y le dijo: quiero, sé limpio».

Y se asemeja a la consulta cuando llega «Juan mareado y tembloroso», «María que ha perdido el apetito»... Como tantos... La acogida de Jesús, la acogida de Nani tienen palabras que humanizan, integran, liberan. Predicar al Padre es humanizar, no buscar a Dios con espiritualismos desencarnados, sino con el Espíritu que habita en nuestros corazones.

* Tere Iribarren es religiosa del Sagrado Corazón. Licenciada en Filosofía y en Teología. Miembro del área teológica de Cristianisme i Justícia.

La mano paralizada

Otro ejemplo ilustrador es el de Mc 3,1-6: Entró en la sinagoga y encontró a un hombre con la mano paralizada... Jesús se salta las normas, cura en sábado... La vida tiene momentos de incertidumbre. Pasa por delante de la ley la mano paralizada. Lo de Dios no se juega en los templos, se encuentra en el cada día.

«Cuando conectas con el sufrimiento de forma cotidiana, cuando le pones nombre y contexto, y tienes una mirada consciente de las causas de la enfermedad, tomar partido es un movimiento casi automático que te lleva a comprometerte políticamente». Como Jesús que se saltó las normas del sábado.

La mujer enferma

O en Mc 5,21: Había una mujer que padecía flujos de sangre... Oyó hablar de Jesús y, por detrás, entre la gente le tocó el manto a Jesús... Jesús, dándose cuenta de que aquella fuerza había salido de él, preguntó: «¿quién me ha tocado?».

Es una suerte para el enfermo encontrar a quien escribe el siguiente fragmento: «Llevo doce años acompañando y cuidando a las personas que tengo encomendadas, casi toda mi vida como especialista ya formada. El tiempo construye vínculos, de responsabilidad sobre su salud y sus derechos, de cariño mutuo, de reconocimiento y admiración por su capacidad de salir adelante y de afrontar la adversidad, de respeto hacia su autonomía y sus decisiones».

El sordomudo

Además, resulta curioso entrar en los evangelios y mirar cómo Jesús valora

el cuerpo humano, las manos, los ojos, los oídos. Cómo está atento a sus carencias, a sus enfermedades... Acabo con el texto del sordomudo (Mc 7,31-37): Le presentaron a un sordomudo y le pidieron que le aplicase las manos. Él lo apartó y a solas con él le metió los dedos en los oídos y le tocó la lengua con saliva...Luego le dijo: «Ábrete...» e inmediatamente se le abrieron los oídos.

Por encima de todo, llama la atención la implicación de Jesús, pues le introduce los dedos en los oídos, le toca la lengua. Uno no tiene más remedio que pensar «conmigo lo hiciste».

Y así reza el testimonio: «Los vínculos afectan, comprometen, agobian, duelen, pero también humanizan, abrigan, amparan y dan sentido a la vida. La enfermedad, el malestar y la muerte son situaciones que ponen al descubierto la vulnerabilidad, la intemperie y la interdependencia esencial del ser humano. Acompañar en ese descubrimiento, no esconderlo, estar, es en sí mismo sanador».

Conclusión

Hace muchos años andaba yo buscando cómo y dónde estaba Dios en mi realidad concreta, pequeña, torpe, acelerada, tan a la intemperie, marcada por largos horarios como educadora. Y encontré un texto que me despejó de toda duda y se llevó los nubarrones. De ahí que quiera compartirlo como la mejor lectura teológica. Dios está cuando:

- se acepta y se lleva libremente una responsabilidad.

- la persona conoce y acepta su libertad última que ninguna fuerza terrena puede arrebatarse.
- se acepta con serenidad la caída en las tinieblas de la muerte como el comienzo de una promesa que no entendemos.
- se da como buena la suma de todas las cuentas de la vida que uno mismo no puede calcular, pero que Otro ha dado por buenas, aunque no puedan probarse.
- la experiencia fragmentada del amor, la belleza y la alegría se viven sencillamente y se aceptan como promesa del amor, la belleza y la alegría, sin dar lugar a un escepticismo cínico como consuelo barato del último desconsuelo.
- el vivir diario, a veces decepcionante, se vive con serenidad y perseverancia hasta el final, aceptado

por una fuerza cuyo origen no podemos abarcar ni dominar.

- se corre el riesgo de orar en medio de tinieblas silenciosas sabiendo que siempre somos escuchados, aunque no percibimos una respuesta que pueda razonarse o disputarse.
- se experimenta el desánimo y se siente uno misteriosamente consolado cuando no parecía que el consuelo fuera fácil.
- la persona confía sus conocimientos y preguntas al misterio silencioso y salvador, más amado que todos nuestros conocimientos particulares convertidos en señores demasiado pequeños para nosotros.

«Allí está Dios y su gracia liberadora. Allí conocemos a quien nosotros, cristianos, llamamos Espíritu Santo de Dios». (Karl Rahner, SJ)

EPÍLOGO: DEL JUSTO A LA JUSTICIA. PEDAGOGÍA DEL TESTIMONIO

José Laguna

No sé qué es la Bondad, la Justicia o el Amor. Sí conozco a personas bondadosas, a otras que tengo por justas y, diariamente, me encuentro con muchísimos padres y madres que se desviven cuidando amorosamente a sus hijos. Oteamos el fulgor de las grandes palabras (Bondad, Justicia, Amor, Bien, Verdad, Libertad, Esperanza, Salvación, Fe, Futuro), a través del centelleo que vislumbramos en la vida de mujeres y hombres con los que compartimos vagón de metro camino al trabajo. Para eso sirven los testimonios: para acercarnos, de la mano de pequeños candiles, a la luminosidad de las palabras que escribimos con mayúsculas. Eso es lo que ha pretendido este cuaderno: asomarnos a la Fe y a la Justicia aupándonos en abrazos de vida.

El testimonio se sitúa en las antípodas del exhibicionismo narcisista. Aquel y aquella que ofrecen su testimonio no quieren hablar de sí mismos por más que el género literario les obligue a expresarse en primera persona del singular. La persona que narra un retazo de su biografía nos invita a acompañarla en un camino compartido hacia el horizonte de las palabras mayúsculas. Por eso el testimonio es una pedagogía porque, si aceptamos la invitación a adentrarnos en la intriga de su relato, este nos llevará de la mano hasta el umbral de las grandes palabras.

Testimoniar no es contar anécdotas ni sumar acontecimientos inconexos, es hilvanar una biografía que va tejiendo un sentido vital donde apoyar los pies. La persona que testimonia no cuenta historietas, desnuda su vida. El testimonio es una ventana que se entreabre y permite que nos asomemos a una intriga personal que busca siempre un final con sentido.

El testimonio verdadero –esto es, aquel que renuncia a presentarse como ejemplo moralizante– se sitúa en la frontera del arte: el pintor aspira a plasmar la Belleza en su cuadro y el músico

a expresar la Armonía en su sinfonía, por más que ambos sepan de antemano que ni el lienzo ni la partitura serán capaces de contener las mayúsculas de un arte que nunca se deja atrapar. Pintura, música, poesía, cine... ¡y testimonio!, son rendijas por las que se cuela la luz de un resplandor siempre grandioso.

Los testimonios recogidos en este cuaderno son intrigas, caminos, ventanas, rendijas, umbrales..., pedagogías vitales que hacen resonar en nuestro interior los ecos de grandes palabras muchas veces ahogadas en el bullicio digital de un mundo hiperconectado y el ruido economicista de un neoliberalismo ensordecedor. A diferencia de las voces estridentes de algunas filosofías y religiones que buscan deslumbrar con palabras tan mayúsculas como cegadoras, testimoniar es susurrar palabras. No sabemos si Dios es Omnipotente, Omnisciente y Omnipresente. Sabemos, porque así nos lo han contado, que había una vez un padre que cada mañana esperaba el regreso de un hijo bala perdida. Sabemos que, en cierta ocasión, un pastor que tenía cien ovejas dejó noventa y nueve en el desierto para irse a buscar una que se había extraviado. Nos han contado que, en el pequeño pueblo de Naín, Jesús se estremeció al tropezarse con el cortejo fúnebre de una viuda que llevaba a enterrar a su hijo único, y –han seguido diciéndonos– que fue tan grande la conmoción que le produjo aquella escena que, compadeciéndose del dolor y la negra suerte de aquella mujer, Jesús le devolvió con vida a su hijo. También nos contaron que otra mujer, esta samaritana, reconoció al

carpintero de Nazaret como el Mesías de Dios. Y, por si esto fuera poco, a unos evangelistas varones del siglo primero –que como todos los hombres de aquella época menospreciaban el testimonio de las mujeres– no les quedó más remedio que consignar el «débil y cuestionable» relato de unas mujeres que afirmaban que la tumba del galileo crucificado estaba vacía; unos ángeles vestidos de blanco les habían desvelado el sorprendente paradero del cadáver: Jesús había resucitado. La Iglesia no debería olvidar nunca que se llega a la Fe y a su compañera la Justicia desde el abrazo de un padre compasivo, la preocupación de un pastor por su rebaño y el testimonio de las mujeres.

Anoche llegué corriendo a la estación de cercanías, los últimos trenes estaban a punto de salir y ante el temor a quedarme en tierra salté apresuradamente al primero que me encontré en el andén. Cuando se cerraron las puertas del vagón y el tren inició la marcha me entró la duda de si había cogido el que me llevaba a casa. Busqué con desesperación la mirada de los viajeros más cercanos y pregunté en voz alta si aquella línea pasaba por mi ciudad. Me bastó el leve asentir con la cabeza de dos de ellos para acomodarme en el asiento y cerrar los ojos para dormitar hasta el anuncio de mi estación de destino. Para eso sirven los testimonios: para confiar en que el tren llegará a su destino sin necesidad de leer ningún cartel luminoso. Gracias a todos y a todas los que en este cuaderno nos habéis dejado subir a vuestro vagón y habéis despertado en nosotros el susurro de grandes palabras adormecidas.

CUESTIONES PARA LA REFLEXIÓN

1. En la lectura reposada de cada uno de los testimonios seguramente has encontrado elementos con los que te has sentido identificado. ¿Cuales han sido esos elementos? ¿Tienen relación con tu trabajo, tu compromiso, tu experiencia vital?
2. ¿Qué papel han tenido en tu vida el testimonio de otras personas que has conocido o con las que has convivido? ¿En que manera te han llevado a hacerte preguntas o a tomar decisiones importantes?
3. «Una fe que abraza la justicia, una justicia que lleva a abrazar la fe». En tu caso, ¿cuál ha sido el movimiento que ha predominado? ¿Por qué?
4. Dice José Laguna al final del cuaderno «Testimoniar no es contar anécdotas ni sumar acontecimientos inconexos, es hilvanar una biografía que va tejiendo un sentido vital donde apoyar los pies». Te animamos a hilvanar tu propia biografía o testimonio y a enviarlo, si quieres, a info@fespinal.com. Es el capítulo que le falta a este cuaderno.

NOTAS

1. Recordemos las palabras de Benedicto XVI: «No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o por una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo sentido a la vida y, con ello, una orientación decisiva» (*Deus caritas est* 1).
2. Los testimonios anteriores provienen del capítulo «Lazos familiares rotos» (p. 25-32), enmarcado dentro de la publicación *Viajes de Esperanza: Historias de refugiados camino a Europa*, elaborado en 2016 por el Servicio Jesuita a Refugiados. Recuperado de: <https://www.hospitalidad.es/wp-content/uploads/material/sensibilizar/JourneysHope.pdf>.
3. *Viajes de Esperanza...*, p. 12.
4. *Viajes de Esperanza...*, p. 22.
5. *Viajes de Esperanza...*, p. 15.
6. *Viajes de Esperanza...*, p. 64.
7. Véase la nota 2.

Cristianisme i Justícia (Fundación Lluís Espinal) es un Centro de Estudios creado en 1981, promovido por la Compañía de Jesús de Cataluña. Agrupa un equipo de profesores universitarios y especialistas en teología y en diversas ciencias sociales y humanas interesados por el cada vez más indispensable diálogo fe-cultura-justicia.

Los **Cuadernos Cristianisme i Justícia (CJ)** presentan reflexiones de los seminarios del equipo del centro y trabajos de sus miembros y colaboradores. Pueden descargarlos en: www.cristianismeijusticia.net/es/quaderns

Últimos títulos:

198. CRISTIANISME I JUSTÍCIA, TERESA CRESPO (ed.), El trabajo: presente y futuro; 199. C. M. TEMPORELLI, Amigas de Dios, profetas del pueblo; 200. VARIOS AUTORES, Nuevas fronteras, un mismo compromiso; 201. J. I. GONZÁLEZ FAUS, Inhumanos e infrahumanos; 202. J. CARRERA, L. PUIG, Hacia una ecología integral; 203. J. SANZ, Cómo pensar el cambio hoy; 204. J. BOTEY, A 500 años de la Reforma protestante; 205. X. CASANOVAS, Fiscalidad justa, una lucha global; 206. A. ARES, Hijos e hijas de un peregrino; 207. J. MORERA, Desarmar los infiernos; 208. J. I. GONZÁLEZ FAUS, El Silencio y el Grito; 209. VARIOS AUTORES, ¡Despertemos!; 210. J. LAGUNA, Acogerse a sagrado; 211. C. M. L. BINGEMER, Transformar la Iglesia y la sociedad en femenino; 212. J. TATAY, Creer en la sostenibilidad; 213. CRISTIANISME I JUSTÍCIA, Abrazos de vida

La **Colección Virtual** está formada por cuadernos que, por su extensión, formato o estilo, no hemos editado en papel pero que tienen el mismo rigor, sentido y misión que los **Cuadernos Cristianisme i Justícia (CJ)**. Pueden descargarlos en: www.cristianismeijusticia.net/es/virtual

Últimos títulos:

8. D. MOLLÀ, Reflexiones sobre «espiritualidad de trabajo» en tiempos de precariedad; 9. A. ARES MATEOS, Inmigración y nuevas encrucijadas. Cómo ser profeta en un mundo diverso; 10. AA.VV., ¿Qué nos jugamos? Reflexiones para un año electoral; 11. J. I. GONZÁLEZ FAUS, *Romeros* de América; 12. P. TORRES, Retiro en la ciudad; 13. C. M. TEMPORELLI, Vidas entregadas: Teresa de Jesús Ramírez y Dorothy Stang; 14. J. I. GONZÁLEZ FAUS, Economistas profetas; 15. J. F. MÀRIA, R. XIFRÉ, Cataluña y España: entre el reconocimiento y la negociación

Tiraje: 46.000 ejemplares

N. 213, abril 2019

La Fundació Lluís Espinal envía gratuitamente los cuadernos CJ.
Si desea recibirlos, pídalos a:

Cristianisme i Justícia

Roger de Llúria, 13 - 08010 Barcelona - Tel. 93 317 23 38
info@espinal.com - www.cristianismeijusticia.net



cristianismeijusticia



cijusticia



CristianismeIJusticia